

HI RO SHI GE

y su época



MUSEO DE ZARAGOZA

25 DE FEBRERO 2015

INTRODUCCIÓN



El Museo de Zaragoza guarda entre sus fondos una extraordinaria colección de Arte de Asia oriental, legada por D. Federico Torralba Soriano (1913-2012), catedrático emérito de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Este profesor tuvo una especial predilección por la obra del artista japonés Andō Hiroshige (1797-1858), hasta el punto de que la admiración por su célebre estampa *Lluvia sobre el gran puente de Atake* de la serie *Cien vistas famosas de Edo*, le impulsó a forjar su colección.

La exposición que se presenta se dedica a este reconocido creador del género *ukiyo-e*, excepcional maestro del paisaje, y a la época histórica en la que vivió, conocida como periodo Edo o Tokugawa (1603-1868). La muestra reúne más de 150 piezas, entre estampas y libros ilustrados del artista y de sus discípulos, y pinturas, caligrafías, esculturas, lacas y diversos objetos que ayudarán a conocer cómo fue la sociedad de la época. Con este evento se quiere brindar un justo homenaje a D. Federico Torralba que tanto hizo por el estudio y difusión del arte nipón.

CRÉDITOS



EXPOSICIÓN HIROSHIGE Y SU ÉPOCA

Entidades organizadoras:

Gobierno de Aragón, Departamento de Educación, Universidad, Cultura y Deporte, Dirección General de Patrimonio Cultural, Museo de Zaragoza.

Fundación Torralba-Fortún

Departamento de Historia del Arte, Universidad de Zaragoza

Entidades colaboradoras:

Asociación Aragón-Japón

Nichiza, S.L.

Comisarios: Dres. David Almazán y Elena Barlés

Selección de piezas y catalogación: Grupo de investigación: *Japón y España: relaciones a través del arte* (Proyecto I+D HAR2011-26140)

Textos exposición y folleto: Dres. David Almazán y Elena Barlés

ANDŌ HIROSHIGE (1797-1858)



Nacido en 1797, en la ciudad de Edo (actual Tokio), Andō Tokutarō era descendiente de una familia de samuráis de bajo rango vinculada a la brigada de bomberos del *shōgun*. Sus dotes para el dibujo le llevaron a iniciar su formación artística de la mano del artista Okajima Rinsai (1791-1865). En 1811, entró a trabajar en el taller del artista de *ukiyo-e* Utagawa Toyohiro (1773-1828), recibiendo de este maestro el nombre artístico de Utagawa Hiroshige.

Como miembro de la escuela Utagawa, la más afamada de su época, realizó numerosos grabados de variados asuntos. Sin embargo, fallecido Toyohiro en 1828, la obra de Hiroshige tomó un nuevo giro, gracias a su introducción en la temática del paisaje, que le llevó a alcanzar un inusitado éxito. De hecho, fue tanta la demanda de su obra que su taller llegó a contar hasta con dieciocho alumnos.

Sus series *Cincuenta y tres vistas del Tōkaidō* (una en 1833-1834 y otra en 1855), *Sesenta y nueve estaciones del Kisokaidō* (1834-1842), *Vistas de lugares famosos de las más de sesenta provincias de Japón* (1853-1856), *Cien Vistas de Edo* (1856-58), realizada en homenaje a su ciudad natal, y *Treinta y seis vistas del Monte Fuji* (1858-59) se consideran obras maestras del arte del grabado japonés. Observador minucioso y realista, sus obras son documentos visuales fundamentales para conocer la vida, sociedad, costumbres y cultura de su tiempo. Fue un maestro de la composición y representó como nadie los efectos atmosféricos y los fenómenos climáticos (la nieve, la tormenta, la lluvia, el viento y la bruma). Supo plasmar el alma de la naturaleza, desvelando, con exquisita sensibilidad, su lirismo, su misterio y su carácter efímero.

En 1856, Hiroshige se retiró del mundo, convirtiéndose en un monje budista. Murió a los 62 años durante el brote epidémico de cólera que se extendió por Edo en 1858. En aquel año, nuestro incansable viajero y pintor errante compuso este hermoso poema de despedida que hoy reza en la estela del lugar donde está enterrado:

«Detrás de mí, en Edo, dejo el pincel
¡Y emprendo un nuevo viaje!
Permitidme admirar
en el Paraíso del Sol de Poniente otros paisajes célebres».

EL GRABADO UKIYO-E



El grabado japonés tuvo su momento más esplendoroso durante el denominado periodo Edo (1615-1868), época en que se desarrolló un género conocido como *ukiyo-e*, expresión que viene a significar pintura del “mundo que fluye” o del “mundo flotante”.

Desde sus orígenes el *ukiyo-e* fue el arte de la burguesía urbana, compuesta por comerciantes y artesanos que por entonces alcanzaron una gran prosperidad económica. Instruidos y con tiempo libre, los ciudadanos de esta clase media adquirían libros, y estampas en los que aparecían los temas más atractivos del momento. Mediante la técnica de la xilografía o grabado en madera imprimían tanto los textos como las imágenes, en las que aparecían temas como las mujeres hermosas, los barrios de placer, los actores del teatro *kabuki*, los héroes y leyendas populares y, también, las vistas urbanas y los paisajes naturales, que, desde comienzo del siglo XIX, fueron uno de los temas más demandados.

Los editores de la época lograron grandes éxitos comerciales con estos grabados, para lo cual contrataban a distintos artistas especializados en el diseño de las ilustraciones para estampar. Estos diseños que eran reproducidos en planchas de madera por grabadores especializados. La labor de estampación recaía en otros artesanos, los impresores, que hacían las copias con una gran perfección técnica, con tintas al agua sobre un papel de origen vegetal hecho a mano, el *kozo*, procedente de la fibra de la morera.

La culminación de estas técnicas fue la llamada *nishiki-e*, descubierta en 1765, que producía estampas multicolores. En este procedimiento para cada color se grababa una plancha de madera (lo habitual era realizar diez o más planchas para reproducir una decena de colores), que a la hora del estampado eran entintadas manualmente con su correspondiente color. Las estampas no se numeraban y se vendían a precios populares como impresos, sin tener la consideración de grandes obras de arte. Hoy, sin embargo, los artistas del *ukiyo-e*, como Harunobu, Utamaro, Hokusai o Hiroshige son reconocidos como grandes maestros de la historia del arte universal.

EL VIAJE Y LOS PAISAJES



La naturaleza, profundamente venerada en el archipiélago nipón, fue siempre la principal protagonista del arte japonés y por ello no es extraño que las estampas de paisajes tuvieran una gran aceptación popular.

Además, a partir del siglo XIX se facilitaron los viajes por el interior del país, lo que permitió peregrinar a los santuarios, visitar pueblos y ciudades y gozar de la belleza de los paisajes más famosos. Muchos viajeros anhelaban recordar estas experiencias mediante la contemplación de grabados que reproducían los hermosos lugares visitados.

La ruta del Tōkaidō unía las dos ciudades más importantes: la ciudad de Edo (Tokio) y la capital imperial de Heian (Kioto). Esta ruta, de casi quinientos kilómetros, era la más transitada. En su trayecto se distribuían estaciones de descanso, dispuestas por el gobierno, que contaban con establecimientos para el alojamiento y avituallamiento y con establos para los caballos.

Estos viajes se convirtieron en un tema literario y artístico. Hiroshige trató este tema en algunas de sus más afamadas y bellas series de estampas.

Hiroshige tuvo una especial habilidad para captar todos los elementos de la naturaleza: las montañas, los árboles, el mar, los ríos, las cascadas, los peces, los insectos, los pájaros y las flores...

También representó al monte Fuji, el pico más alto del archipiélago, lugar sagrado de peregrinación y emblema de la belleza de la naturaleza en Japón. A veces cubierto de un manto de nieve, a veces desvanecido entre las nubes u oculto por la lluvia, el Fuji ha sido inspiración y modelo para artistas y poetas japoneses de todas las épocas.

LA CIUDAD DE EDO



La creación de la ciudad de Edo (actual Tokio) tuvo lugar hace más de cuatrocientos años y vino del mano del gran señor del Japón Tokugawa Iyasu, quien hacia el años 1590 se instaló en antigua fortaleza construido en el siglo en XV cerca de una pequeña aldea de pescadores llamada Edojuku, situada las orillas de una amplia bahía en la que desembocaban los ríos Sumida y Hirakawa.

Cuando Tokugawa Iyeyasu dominó por completo el panorama político y militar del país convirtió esta fortaleza en el gran castillo de Edo. En torno a este castillo se formó una extensa ciudad que se convirtió en centro del poder político y administrativo del país.

El crecimiento de Edo fue muy rápido. Ya en el siglo XVIII tenía más de un millón de habitantes. La ciudad se engalanó con hermosos templos budistas, santuarios sintoístas y bellos puentes que cruzaban sus ríos. En Edo residían el *shōgun* y, a temporadas, todos los grandes señores del país (*daimyō*) que construyeron bellas mansiones con jardines. También había extensos barrios de comerciantes y artesanos y numerosos espacios para el ocio, como teatros, restaurantes y otros lugares de entretenimiento. El barrio de placer de la ciudad de Edo se denominó Yoshiwara.

Una de las manifestaciones artísticas más genuinas de este periodo fue el grabado *ukiyo-e*, que tenía en la capital, Edo, las principales empresas editoriales dedicadas al arte de las estampas. La propia capital, con sus vistas y entretenimientos, se convirtió en el gran tema del grabado *ukiyo-e*.

Hiroshige captó con gran maestría los rincones de esta ciudad llena de vida. A esta ciudad dedicó importantes series de estampas y libros ilustrados.

Los discípulos de Hiroshige también se dedicaron a realizar vistas de la ciudad. Tal fue el caso de su yerno Hiroshige II, en un estilo muy parecido, y de su aventajado seguidor Hirokage, en una línea más cómica.

LA EPOCA DE HIROSHIGE



El gran señor Tokugawa Iyeyasu (1543-1616) fue nombrado *shōgun* en el año 1603 tras lograr la unificación de Japón, después de largas guerras civiles. Fue entonces cuando tuvo lugar el comienzo un nuevo periodo de la historia japonesa conocido como Edo, denominación que procede del nombre de la capital en la que se instalaron los distintos *shōgun* Tokugawa que gobernaron el archipiélago hasta la restauración imperial producida en 1868.

Bajo el dominio de esta dinastía, Japón vivió en paz, en relativa estabilidad, unificado políticamente y aislado del mundo ya que se cerró el país a los extranjeros. Los Tokugawa controlaron el poder, apoyados por la casta militar (*daimyō* y samuráis) y sus principios de gobierno se asentaron en el pensamiento neoconfucianista y en las creencias budistas, que convivieron con el sintoísmo nativo. La sociedad fue sometida a un férreo control. Por debajo de la familia imperial, se situaba el estamento militar. Bajo este grupo y en orden decreciente de prestigio, se encontraban los religiosos (sacerdotes sintoístas y monjes budistas); los agricultores; los artesanos y los comerciantes; y, finalmente, los intocables las no-personas o *hinin*. Lo que se consideraba como alta cultura, giraba en torno a la familia imperial, los grandes señores feudales y los templos.

En esta época, el país disfrutó de una notable prosperidad económica gracias al desarrollo del comercio y de la producción artesanal. Los *chōnin*, comerciantes y artesanos de las grandes ciudades, alcanzaron un considerable poder económico y generaron una cultura popular, de gran vitalidad y carácter hedonista, que gustaba de los placeres inmediatos: los entretenimientos de los barrios de placer, el teatro popular y ya en el XIX, los viajes para la contemplación de la Naturaleza.

Japón tuvo un gran florecimiento en todos los ámbitos de su cultura. Surgieron manifestaciones de gusto netamente japonés, de enorme calidad y originalidad. En el campo artístico fue una época de una extraordinaria producción de todo tipo de objetos, de exquisita factura.

VIDA Y CULTURA URBANA



El crecimiento de las ciudades japonesas en esta época fue acompañado por la apertura de los barrios del placer, lugares de encuentro y diversión popular, donde había teatros, tiendas, restaurantes y las llamadas “casa verdes”, donde la prostitución estaba legalizada. Uno de los más famosos fue el de Yoshiwara en la ciudad de Edo. Allí vivían literatos y artistas populares y nacieron nuevos géneros de música, arte o literatura.

Protagonistas principales los barrios del placer fueron las *cortesanas*. De todas ellas destacaba las llamada *oiran* o *tayû*, cortesanas de alto rango, que destacaban por su belleza, inteligencia, refinamiento y alta preparación. A ellas se unieron desde finales del siglo XVIII, las conocidas y elegantes *geishas*. Todas estas mujeres, de hermosos atuendos y elaborados peinados, fueron retratadas en su cotidianidad por los artistas del *ukiyo-e*.

En establecimientos especializados, cortesanas y geishas deleitaban a sus clientes con la conversación, la música o la danza, así como con manjares, presentados en bellas vajillas, que se acompañaban con té o con el típico *sake* (vino de arroz) que se bebía en pequeñas copas en forma de plato.

En el periodo Edo, ciertas expresiones de la cultura clásica se extendieron y se adaptaron a los gustos de la sociedad de la época. Durante el periodo Edo la mayoría de los japoneses sabía leer y escribir. La composición de poesías era un divertimento muy extendido y una bella caligrafía (*shodō*) era considerada una muestra de buen gusto y distinción. El refinamiento estético llegaba a todos los sentidos. También el olfato se cultivaba y se hacían certámenes para identificar distintos tipos de inciensos (*kōdō*). Las cajas y utensilios para todas estas aficiones eran elegantes y sofisticados. Uno de los adornos más preciados eran los sencillos y hermosos arreglos florales (*ikebana*).

LA VIDA RELIGIOSA



El sintoísmo, la religión autóctona japonesa que nace en la prehistoria, contempla el culto de innumerables divinidades o espíritus, los *kami*, vinculados a los elementos y fuerzas de la Naturaleza y a la agricultura. Su culto gira en torno a ritos colectivos encaminados a la veneración de los *kami*, mediante oraciones, ofrendas y a la purificación. También tenemos que subrayar el significado religioso del culto a los antepasados. La doctrina política imperial japonesa se apoya en el sintoísmo ya que el emperador se considera descendiente del *kami* solar.

Por su parte, el budismo llegó en el siglo VI a Japón y, junto al sintoísmo, fue la religión más extendida en el archipiélago nipón. A largo de la historia japonesa se han sucedido numerosas sectas.

En el periodo Edo tuvo una gran popularidad secta del Buda Amida o budismo de la Tierra Pura (*Jōdo-shū*). Se caracteriza por la simplicidad de su culto, ya que solo exige la invocación a la misericordia del Buda Amida para poder lograr su ayuda y renacer en el Paraíso de la Tierra Pura. Las pinturas del descendimiento de Amida (*Raigō*) y su imaginería son la huella en el arte de la fe del pueblo japonés en Amida. Kannon también fue una figura esencial de veneración. Es un de *bodhisattva* (*bosatsu*, en japonés), caracterizado por su compasión, que ayudaban a los hombres en su camino hacia Buda. Muchos templos están dedicados a Kannon y las peregrinaciones para obtener sus favores han sido, y son, muy populares en Japón.

El Zen tuvo una gran influencia en la sociedad japonesa. La estética ligada a esta rama del budismo, marcada por la sobriedad y la simplicidad, ha dejado su huella en muchas facetas de la cultura japonesa. Daruma o Bodhidharma es uno de los personajes más importantes del Zen y más populares en Japón, si bien nunca visitó este país. Era un monje de la India que llevó su doctrina zen a China. Se le representa siempre con unos rasgos indios, en postura sedente, meditando con las piernas anquilosadas y con unos grandes ojos abiertos.

EL MUNDO DE LOS SAMURÁIS



Los samuráis se han convertido en el icono del Japón histórico, por su poder político hegemónico desde el siglo XII, su código de honor (el *Bushidō*) y su atractiva panoplia, compuesta por armadura *yori*, casco *kabuto* y sofisticado armamento que se eleva a la categoría de obra de arte en el caso de la *katana*.

La imagen del samurái está unida a la de la espada japonesa o *nihontō*, cuya forja es considerada como un acto sagrado y presenta una máxima calidad. El samurái tenía derecho a llevar dos espadas una larga (*katana*) y otra corta (*wakizashi*). Cada elemento de la espada está cuidadosamente ornamentado, desde su empuñadura a su funda. Un elemento de especial atención decorativa es la *tsuba* o guarda, ornada con imaginativos diseños. Otra arma complementaria era el *kozuka*, un pequeño cuchillo que cabe en un bolsillo de la *saya*.

La armadura de combate, realizada con metal, cuero, tela (seda, algodón, etc.) y laca, es menos pesada y rígida que una europea, para disponer de más agilidad en el combate. El casco de metal se encuentra a menudo espectacularmente ornamentado.

Los más importantes clanes de familias samuráis gozaban de grandes riquezas por las rentas de sus territorios. Los artesanos trabajaban en las más delicadas manufacturas para abastecer de objetos de lujo a las clases dirigentes del país. Entre estos objetos estaban las lacas *urushi*. De singular belleza eran los *inrō*, cajitas compartimentadas que se colgaban del *obi* del kimono para llevar pequeños objetos como sellos y medicinas. También estaban decorados con laca los distintos enseres y muebles de las mansiones de los grandes señores. En estas piezas solían aparecer el *mon* o emblema heráldico de la familia, el cual suele ser un motivo con diseño esquemático, bien geométrico, bien figurativo, a veces inscrito en un círculo. No obstante, no todos los miembros de la casta militar poseían estos objetos. Como en el caso de nuestros hidalgos del Siglo de Oro, había muchos samuráis con escasas posesiones y la despensa vacía.

